

ROMANCE SEGUNDO.

UN SALON DE EMBAJADORES EN CHALCO.

Frente al palacio, en el centro
 Del agitado gentío
 Que espresa bárbaro gozo
 Con gestos, danzas y gritos,

Desfigurados, sangrientos,
 Están cadáveres fríos
 Los tres nobles mexicanos
 En ancha estera tendidos.

Aparece Toteótzin
Del alta puerta en el quicio,
De los príncipes, que llegan
Entre la escolta, seguido.

Con ademan elocuente
Les muestra el cuadro sombrío,
Sin que en sus rostros sorprenda
De miedo el menor indicio;

Que los prisioneros saben
Asaz bien que fuera indigno
De varones de su raza
Temblar ante los peligros.

— Así, les dice el anciano
Señor de Chalco, castigo
Agravios que Moctezuma
Al pueblo y á mí nos hizo.

No hay que despreciar por débil,
Como lo habeis hecho altivos
En vuestra liga fiados,
Al mas pequeño enemigo.

Si herir podeis al itzquáuhli,
Nunca le veréis rendido;
Las flechas de vuestros arcos

Dan sobre vosotros mismos.

Si la libertad quereis
Comprar (y con ella os brindo
Por convenir á mis planes)
A precio será subido.

Haced saber al monarca
De Acolhuacan que sus hijos
Presos quedarán en prendas
De la paz de mis dominios

Mientras la liga no rompa
Con los dos reyes vecinos,
Uniendo sus intereses
A los de Chalco y los míos.

— No conseguirás tu objeto,
Llenos de entereza, erguidos,
Al tiranuelo responden
Con voz clara los cautivos.

¿ Qué la prision nos importa ?
¿ Qué nos importa el suplicio ?
Solo la bajeza asusta
A los corazones limpios.

Sabe tú que nuestro padre

A volver á sus amigos
La espalda, de sus Estados
Con grave daño preciso,

Por unirse en alianza
A miserables bandidos,
Mil veces de su familia
Preferirá el sacrificio.

Que quien gobierna se debe
Al Estado y nó á sí mismo,
Y padre de sus vasallos
Es antes que de sus hijos.

Si anhelas que mensajero
Nuestro se ponga en camino
Para hacer al rey patentes
Tus depravados designios,

Dígale de nuestra parte
Que sin vacilar, su oído,
Ante el deber y el decoro,
Cierre á la voz del cariño;

Y á tus propuestas responda
Cual cumple á un monarca digno,
A tu deslealtad infame
Aparejando el castigo."

No bien los príncipes callan
Cuando trémulo, cenizo
De ira el semblante, hace el viejo
Fatal seña á los esbirros.

Los jóvenes que comprenden
Su mandato, con ahinco
Le dicen al par: — Costumbre
En estos pueblos ha sido

Armas dar al prisionero
De noble estirpe á quien signo
Aciago á morir arrastra,
Para que muera con brillo.

Danos *miquahuitl* y escudo,
De la lid señala el sitio,
Y allí, por medio de sogas
En el terreno un pié fijo,

Nos hallarán tus guerreros,
Siempre en lucha igual vencidos,
Si es que desnudo les pone
Ver al contrario con grillos."

Sin que el señor les responda,
Se alzan dos mazas de encino
Dellos detrás, y en la nuca

Descárganles de improviso.

Vinieron los dos al suelo
Privados ya de sentido,
Y por narices y boca
De sangre arrojando rios.

La plebe feroz aplaude
El asesinato inicuo,
Y un haz horrible formando
Con los cadáveres cinco;

Haz de tronchadas espigas
Que anunciaban fruto opímo
En ciencia, valor, ingenio
Para su nacion perdidos,

Sobre la estera lo pone
Y en desórden inaudito,
Cargándola, del palacio
Invade á poco el recinto.

A otro dia con el alba
Arribó, cual hemos visto,
Matlaleihuátzin á Chalco
Llevando joyas consigo,

A negociar el rescate
De los jóvenes, movido
Su corazon del deseo
De inflamar en amor vivo

Al rey, haciendo patentes
Con caracteres prolijos
Su adhesion acrisolada
Y su generoso brío.

Y, no bien puso en la orilla,
De la sandalia ceñido
El pié breve, y de su rostro,
Gracioso cuanto espresivo,

Quiere ocultar con el manto
De mas candor que el armiño
A los curiosos que pasan
El incomparable hechizo;

Cuando la cercan y obligan,
Más descorteses que finos,
A que descubra el intento
Que á la ciudad la ha traído.

—Quiero hablar á Toteótzin,
En dulce tono les dijo;
Mas, receloso el tirano,

Tras el júbilo maligno

Que hallar pudo en la venganza,
Previó con certero instinto
Sus resultados, y el pecho
Abrió al temor del castigo.

Y en el templo fué á encerrarse
Donde turba de adivinos,
Al viento la cabellera,
El cuerpo en almagre tinto,

De codornices y liebres
Ofrecen, conforme al rito,
La cabeza y las entrañas
De Huitzilopóchtli al ídolo.

Allí durante dos días
Presencia los sacrificios,
Repite las abluciones
Y ayuno guarda continuo.

Inquiere si de la guerra
El dios le será propicio,
Y el *topiltzin* le responde
En términos harto ambíguos.—

En tanto Matlalcihuátzin,

No sin inquietud su espíritu,
En vasta alcoba decente
Donde la dieron asilo,

Comparte las horas largas
Entre el sueño y el fastidio,
De hablar al viejo aguardando
El momento apetecido ;

Sin que á las varias preguntas
Que á los domésticos hizo,
De príncipes y señores
Saber queriendo el destino,

Otra respuesta hayan dado
Que hacerla entender por signos
Que á los esclavos cual ellos
Está el silencio prescrito.

—————
Cuando en la noche salia
Con ánimo mas tranquilo
Del templo el señor de Chalco,
Las gentes que á su servicio

Están, de que ilustre jóven
Desde Texcuco ha venido

Por hablarle y que le aguarda,
Llévanle oportuno aviso.

Sospecha el tirano al punto
Que sabedor su vecino
De que cayeron en manos
De los chalqueños sus hijos,

Proposiciones le envía ;
Y, con su odio engreído
Y entero crédito dando
A los falsos vaticinios

Que en hacerle no anduvieron
Sus cortesanos remisos ;
Queriendo que su venganza
Conozcan sus enemigos,

Y á rechazar sus ataques
Estando resuelto él mismo,
Manda que alumbren y adornen
Con inusitado aliño

La sala donde embajadas
Diversas ha recibido,
Y á su presencia conduzcan
Allí á la jóven. Activos

Los servidores hicieron
Lo que el tirano les dijo ;
Y, al abrirse el ancha puerta,
Con aspecto peregrino,

Hasta las gradas del trono
Que paños alfombran ricos,
Llega la gentil princesa,
Serenó el semblante lindo.

La frente inclina tres veces,
Pone en el suelo un cestillo
Con joyas, preciadas telas,
Plumas, copal esquisito ;

Y en grato acento que iguala
De un ave en la selva el trino,
—Señor, esclama, habeis presos
Séres que me son queridos.

Nobles de virtud dechado
Al gran Moctezuma adictos,
Vástagos de real stirpe
Que todavía son niños

Y de Acolhuacan á un tiempo
La esperanza y el hechizo,
Cazando en los vastos montes

A vuestro Estado contiguos,

En traidora red cayeron
Como animales dañinos,
Con mengua de vuestra fama
Que es de los buenos ludibrio.

Os traigo aquestos presentes
Por su libertad que os pido;
Y así en la paz y en la guerra
De favores infinitos

El cielo os colme si agora
Mostrais corazon benigno,
Con mi gratitud ganando
La de tres reyes que han sido

De Chalco azote, y su apoyo —
Serán de hoy más y su abrigo.
—¿Quién eres tú? con voz débil
Pregunta el viejo enfermizo.

—Hija de TotoquiHuáztin,
Y á quien próspero destino
Lleva de Nezahualcóyotl
Al trono de alto prestigio.

—Alzad las joyas, princesa,

Decid á vuestros caudillos
Que sus ofertas desprecio,
Que su poder desafio.

Merced al instante os hago
De los prisioneros cinco,
Bien que de su nuevo empleo
Cumpliendo estén los oficios.

De recobrar Moctezuma,
Vuestro orgulloso padrino,
A sus nobles, va á deberos
El singular beneficio;

Y en cuanto á los de Texcuco
De estirpe real nacidos,
Tendréis en ellos, princesa,
De vuestra boda testigos.

Cargad con ellos si os place.
—¿En dónde están?—Aquí mismo.
Y con mano temblorosa
Señala el déspota impío

Sus cadáveres salados
Hilera formando, fijos
Contra el muro, y en la diestra
Teniendo rajas de pino

Encendidas, con que alumbran
 Sus propios semblantes lívidos,
 Las descompuestas facciones,
 Los ojos como de vidrio.

Matlalcihuátzin de pena
 Sintió cortante cuchillo
 Creyendo que se han prestado
 A tan odioso capricho.

Se acerca para afearlos
 Su proceder imprevisto,
 Y al verles desfigurados
 Lanza de terror un grito;

Y, de la verdad horrenda
 Ante el insondable abismo,
 Estremécese y vacila
 Dudando de sus sentidos.

La voz del tirano infame
 Sacóla de su extravío.
 —Cargad con ellos, repite;
 Mas la princesa, al oirlo,

La faz convierte indignada
 Y le responde:—¡Asesino!
 Las vencedoras falanjes

De los tres pueblos unidos
 Vendrán por ellos mañana;
 Y cuando el recuerdo vivo
 De crimen tamaño llegue
 A los venideros siglos,

Lo seguirá la memoria
 De tu cabal exterminio.”
 Dice, y del palacio sale
 Sofocando sus gemidos.

Atónito el viejo queda
 Como clavado en el sitio;
 Y, cual si de aquella jónen
 Dar peso hubiera querido

El cielo á las amenazas,
 Terremoto repentino
 De Oriente á Occidente agita
 De Chalco los edificios.

Su brusco embate sintiendo,
 Los ojos lleva indeciso
 A las paredes que crugen
 El señor despavorido;

A tiempo que, mal sujetos
 Con estudiado artificio
 Por medio de estacas fuertes
 Y de cordeles distintos,

Los inanimados cuerpos
 Perdieron el equilibrio,
 Y, unos con otros chocando
 En movimiento continuo,

Las yertas manos parecen
 Darse en ademan de amigos
 Y á su verdugo encararse
 Con ceño provocativo;

O sus cabezas golpean
 Contra el muro de granito,
 Cadencia horrible formando
 Del rudo temblor al ímpetu.

Toteótzin á su aspecto
 Creyó perder el juicio,
 Y, cayendo y levantando,
 Salió del salon sin tino.

Su hogar la gente abandona
 Buscando en la calle asilo,
 Y el silencio de la noche

Turban lejanos bramidos.

Y, al ver que el Popocatépetl
 Muestra en su elevado pico
 Roja aureola que á trechos
 El humo vela sombrío,

Temen que ignotas desdichas
 Anuncien tales prodigios,
 Y se acobardan un punto
 Los nunca domados indios.